

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

Reales decretos.

Atendiendo á las razones espuestas por D. Manuel Cantero, ministro de Hacienda, he venido en admitirle la dimision que del retirado cargo me ha presentado, quedando muy satisfecha del celo é inteligencia con que lo ha desempeñado y proponiéndome utilizar sus servicios oportunamente.

Dado en palacio á 20 de Setiembre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O-Donnell.

En atencion á las particulares circunstancias que concurren en D. Pedro Salaverria, actual director general de Ultramar, vengo en nombrarle ministro de Hacienda.

Dado en palacio á 20 de Setiembre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de ministros, Leopoldo O-Donnell.

MINISTERIO DE HACIENDA.

Real decreto.

Tomando en consideracion altas razones de Estado que me ha espuesto el Ministro de Hacienda, y de acuerdo con el Consejo de Ministros, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se suspende, hasta que se resuelva en la forma conveniente, la venta de los bienes del clero secular devueltos al mismo conforme á la ley de 3 de Abril de 1845.

Art. 2.º El Ministro de Hacienda queda encargado de la ejecucion del presente decreto, del que oportunamente dará cuenta á las Cortes.

Dado en palacio á 23 de Setiembre de 1856.—Está rubricado de la real mano.—El Ministro de Hacienda, Pedro Salaverria.

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

Pagaduría de Guadalajara.

Desde el 20 del actual se halla abierto el pago de la mensualidad de Agosto en esta pagaduría de mi cargo.

Guadalajara 19 de Setiembre de 1856.
—El Párroco de Santiago, Francisco Antonio Santos.

INSTRUCCIONES

para la primera comunión.

(Continuacion.)

El Señor lo había ordenado así para hacernos conocer la santidad que exige en los que se disponen á recibirle en el Sacramento de su amor. ¿Es este, hijos queridos, el estado de vuestras almas? ¿Podeis ofrecer la prueba consoladora de que sois puros á los ojos del Señor? ¿Habeis conservado sin mancha hasta este momento la vestidura de inocencia que recibisteis en el bautismo? De seguro no os atreveis á sostenerlo: vuestra conciencia os acusa y depone contra vosotros. ¿Cómo tendreis osadía para acercaros á la mesa Santa? Considerando lo que habeis sido hasta el presente ¿no es el recuerdo de lo pasado mas propio para producir en vosotros la alarma que para llenaros de confianza? Recordad la suerte del desgraciado que no temia presentarse en la sala del festín sin estar adornado con la vestidura nupcial, y fue arrojado en las tinieblas exteriores atado de piés y manos. ¿Llegará vuestra temeridad hasta el punto de esponeros á un castigo semejante?

Por fortuna, hijos queridos, la misericordia divina os ha presentado una tabla en el naufragio. Podeis recibir un segundo bautismo, es decir, el de la penitencia que os restituirá vuestra inocencia y lavará vuestro espíritu. Pero este segundo bautismo ofrece trabajo, como sabéis: exige que penetreis en vosotros mismos y que una á una sondeéis todas las llagas de vuestra alma; que no solamente traigais á la memoria los pecados de vuestra vida pasada, sino que los confeseis con sinceridad; de tal manera, que vuestro confesor, despues de

haber os oido, pueda conoceros y juzgaros, como Dios os juzga y vosotros os conoceis. Pero todo esto de nada serviría, no estando vosotros profundamente arrepentidos. Es necesario, por tanto, que concibais un vivo horror al pecado y, que al mismo tiempo, formeis el propósito de no pecar en adelante.

¿Cómo es posible, mis queridos hijos, obtener buen éxito en un asunto que ofrece tantas y tan graves dificultades sin recogerse profundamente, sin colocarse á solas con Dios, y con vosotros mismos, sin implorar el socorro del cielo con larga oracion y súplica fervorosa? La conversion no es obra que podeis llevar á cabo sin mas fuerzas que las de la naturaleza. Necesitais la ayuda de Dios y que os asista con su gracia. Sin él nada podeis ni aun capaces sois de tener un buen pensamiento. Pero el Señor no os hará oír su voz en medio de la agitacion y del tumulto: *Non in commotione Dominus* (1). ¿Habeis visto á alguien por ventura convertido en medio del tumulto mundano? Solo en la calma y soledad de una iglesia ó en los lugares retirados y solitarios se mueve el espíritu á la reflexion y á la meditacion.

Sobre todo, ¿cómo podreis hacer un exámen detenido y profundo de vuestra conciencia sin el silencio y el retiro? ¿No habeis contemplado mas de una vez vuestra imagen en la superficie del agua limpia y tranquila? Entonces vuestra semejanza se os representaba clara y distintamente; pero, si el agua llegaba á turbarse ¿qué sucedia? que solo veiais representar alguno que otro rasgo de vuestra semejanza y que tan pronto aparecia como desaparecia. Hé aquí una

(1) III. Reg., c. XIX, v. 11.

imágen sensible de la disposicion en que os encontráis. En la calma y el silencio del retiro vereis claramente el estado de vuestra alma, y las manchas todas que en ella dejó el pecado. Pero si, como antes, continuáis entregados á la disipacion, si no olvidáis los juegos y las diversiones, vuestro exámen de conciencia vendrá á ser poco menos que imposible, y no podreis conocer el estado de vuestro espíritu, ni dar cuenta de él á vuestro confesor. Os acusareis al azar de ciertas faltas, pero el mayor número, y las mas graves, acaso quedarán olvidadas en los pliegues de vuestra conciencia, y no llevareis al tribunal de la penitencia sino un reconocimiento insuficiente, y vuestra confesion, en vez de justificaros á los ojos de Dios, será un sacrilegio que os preparará á otro sacrilegio mas horrible, como lo es el de una comunión indigna.

No olvideis, mis queridos hijos, esta saludable advertencia del Apóstol: que el hombre haga prueba de sí mismo antes de comer este pan descendido del cielo, y que purifique sus labios antes de beber en el cáliz del Señor; *Provet autem se ipsum homo, et sic de pane illo celat et de callice bibat.* ¿Y en qué consiste esta prueba sino en el cuidado que debeis tener de purificar vuestra alma para que sea un santuario digno del Dios que ha de habitar en ella? ¿Por qué no habeis sido admitidos antes á la primera comunión? Porque la ligereza propia de vuestra edad no os permitia tener toda la madurez y el discernimiento que para este grande acto se necesitan. Hoy que la iglesia os llama al divino banquete; no os considera ya como niños, sino como hombres maduros y reflexivos. Si no teneis, pues, capacidad para reflexionar y meditar sobre la santidad del

misterio, de que vais á ser partícipes, sois indignos del favor que os prepara y espontáneamente os debeis alejar de la Mesa Santa para evitar la desgracia de comulgar sacrilegamente.

Mas pudiera deciros, pero no lo creo necesario, sobre la necesidad del retiro y las ventajas que os ofrece. Réstame explicaros las disposiciones con que debeis entrar en él.

SEGUNDO PUNTO.

Bien veis, queridos hijos; que no es otro el objeto del retiro, sino reconciliarnos con Dios y preparar vuestros corazones para su venida. Entráis culpables en él y debeis salir inocentes. Para realizar en vosotros este cambio, lo primero que debeis hacer, es entrar enteros en el retiro, es decir, en cuerpo y en espíritu. Habreis oido hablar de los piadosos solitarios que, huyendo del comercio de los hombres, se enterraban vivos en las cavernas, viviendo solo para la oracion y la contemplacion. Tal es la soledad en que seria de desear que estuviéreis durante los dias que preceden á vuestra primera comunión; pero yo comprendo que esto es ahora imposible. Vosotros, sin embargo, ya que no podais salir enteramente del mundo, debeis al menos, permanecer estraños á lo que en él está pasando. Olvidad la tierra para no pensar sino en el cielo; olvidad, si podeis, vuestro cuerpo y no penseis mas que en el alma.

Pero, ¿cómo os debeis emplear en el tiempo del retiro? Debeis permanecer solos con vuestro Dios y vuestro confesor: solos con vuestro Dios, para meditar en su perfeccion adorable y temer su cólera; solos con vuestro confesor, para arreglar vuestra conciencia y obtener por su mediacion el perdon de los pecados.

Mil veces, hijos queridos, habeis pronunciado el santo nombre de Dios, mil veces lo habeis invocado, y sin embargo, ¿le conocéis bien? Dios es el árbitro soberano del cielo y de la tierra; el autor de todas las maravillas que encierra el universo. Él dijo: «Hágase la tierra,» y la tierra se hizo. Él arregla las estaciones, y manda los vientos y las tempestades, y fertiliza nuestros campos, ó los hace estériles cuando quiere. Dios es el sér infinito, cuya presencia divina, llena todos los lugares, es el juez supremo que á todos nos ha de convocar un día para que comparezcamos ante su temible tribunal. Desde que nacemos hasta que morimos su ojo nós va siguiendo por todas partes y contando nuestros pasos. Él sabe mejor que nosotros todo el bien y el mal que hemos hecho. ¡Felices si en el momento de la muerte nos hace encontrar gracia á sus ojos el mérito de nuestras obras! Un trono de gloria será el premio de nuestra fidelidad. Pero, ¡desgraciados de nosotros, si el número de nuestras iniquidades hace inclinar la balanza, porque á nuestros piés, se abrirá el infierno con todos sus horrores, y seremos precipitados en él para siempre!

Hé aquí las grandes y terribles verdades en que nunca habeis pensado bastante, y con las cuales debeis nutrir vuestro espíritu, mientras dure el retiro. Sois muy jóvenes aun, y, sin embargo, el número de vuestros pecados supera quizá al de vuestros cabellos. Culpables y criminales ahora, ¿qué vais á ser despues? Tened presente, que el Dios á quien habeis ofendido, no quiere la muerte sino la conversion del pecador. Postraos humildemente á sus piés, llorad amargamente vuestras culpas, y el arrepentimiento calmará su cólera.

Sin embargo, vosotros solos con vuestro llanto y vuestro dolor no podreis recobrar la gracia perdida. Necesitais una absolucion que revoque el decreto de muerte pronunciado contra vosotros, y nadie sino vuestro confesor puede dar esta sentencia absolutoria, porque es el representante de Dios sobre la tierra. Acercaos á él con respeto y veneracion como si viéreis á Jesucristo mismo en su persona; pues Dios quiere perdonaros por medio de su ministro, y por su boca os va á hablar, y con sus palabras, os hará entender su voluntad y sus órdenes. Y no solamente como juez representa vuestro confesor á Dios, sino tambien como padre. Descubridle los mas escondidos secretos de vuestra alma, confesadle todos vuestros pecados sin artificio, dadle á conocer con ingenuidad vuestras dudas é inquietudes y encontrareis en él vuestra guia y vuestro consuelo. No temais que os trate con dureza ni que os confunda con amargas reprehensiones.

(Se continuará.)

S. M. acaba de hacer un rico presente á la Virgen del Queral, que se venera en las montañas de Cataluña. Consiste el precioso regalo en un magnífico manto de terciopelo grana, adornado de agremanes, estrellas y gran fleco de oro; y en una toca de tisú del propio metal, con flores del mas exquisito gusto. Ambas prendas han sido hechas en Madrid bajo la direccion misma de S. M. la Reina, que asi se cura en alas de la mas ferviente caridad, de velar en pró de los desdichados, como se goza animada del mas acendrado catolicismo, en patentizar con hechos la sinceridad y el ardor de sus piadosos sentimientos cristianos.

DE LAS PROCESIONES.

(Continuacion.)

3. Mientras el celebrante y el diácono hacen la reverencia al altar, estando en el plano del presbiterio, el turiferario hace genuflexión, y empieza á marchar por el lado del evangelio si la procesion no sale de la Iglesia, ó segun fuere la costumbre ó lo exigiese la situacion, si sale: síguete el subdiácono con la cruz y á sus lados los ceroferarios, sin hacer reverencia al altar: despues va el clero, empezando por los mas modernos, ó los menos dignos, los cuales de dos en dos hacen genuflexion al pasar por frente del altar, ó bien en sus mismos puestos al tiempo de partir, si están ya formados en el plano del presbiterio, llevando todos velas encendidas y un poco inclinadas hácia fuera: el maestro de ceremonias, ó el que hace su oficio, va en el medio cuidando de que se guarde el orden debido: los caperos inmediatos al celebrante, estos se cubren con sus bonetes al empezar la procesion, y lo mismo el diácono que irá á la izquierda del celebrante, sin levantar el estremo de la capa. Si la procesion sale de la Iglesia, se cubren todos los demás del clero al salir, escepto el porta-cruz, los ceroferarios, el turiferario y el maestro de ceremonias, á no ser que el mal temporal ó lo largo del camino les obligue á cubrirse. Mas si la procesion se hace por dentro de la Iglesia solamente y cubierto el celebrante, lo cual para este caso deberán tener presente los caperos y el diácono. Si se estuviese celebrando alguna misa rezada y se tocase la campanilla para la elevacion, deberán arrodillarse los de la procesion al pasar por delante y permanecer arrodillados hasta el fin de la elevacion de la Hostia, ó del

Cáliz; pero en semejante caso está prevenido que no se toque la campanilla. (S. R. C. 1684) Al pronunciarse los nombres de *Jesus* y de *Maria* en las antífonas que se cantan durante la procesion, deben descubrirse los que llevan la cabeza cubierta. Mientras anda la procesion, el sacristan mudará los ornamentos morados del altar poniendo los que corresponden á la fiesta, no siendo esta una de las Dominicas privilegiadas, y retirará todo lo demás que sirvió para la bendicion y que ya no hace falta.

4. Vuelta la procesion á la Iglesia, el subdiácono con los acólitos y el turiferario se adelantan hasta el sitio de donde partieron, el turiferario al llegar allí hace genuflexion, y todos cuatro se retiran á un lado á fin de dejar paso al celebrante. Los del clero, al llegar al presbiterio ó al coro, hacen genuflexion de dos en dos, y saludándose recíprocamente al separarse, pasan á ocupar sus asientos donde permanecen de pié, un coro vuelto frente al otro mientras se canta el responsorio *Obtulerunt*, el cual entonan los cantores al entrar en la Iglesia: los caperos se quitan los bonetes (si los llevan puestos) al entrar en el presbiterio y despues de haber hecho la debida reverencia al altar, se separan un poco para dejar paso al celebrante y al diácono, quienes tambien se descubren al entrar en el presbiterio. Habiendo llegado estos frente del altar bajo de las gradas, hacen allí reverencia y despues de concluidos los *yy.* del responso *Obtulerunt...* se retiran á la sacristía precedidos del turiferario, del subdiácono con la cruz y los ceroferarios. Los caperos acompañan tambien al celebrante á la sacristía, donde dejan las capas moradas y toman las que corresponden al color de la festividad, sino

es de alguna de las dominicas indicadas, ó se retiran al coro si son otros los que deben ejercer este ministerio en la misa, al mismo tiempo apagan todas las velas, y las conservan á su lado para encenderlas al evangelio y despues del *Sanctus...* si la misa es de la fiesta de la Purificacion, porque si es de dominica ó de otra fiesta, concluida la procesion, se recojen las velas, y no se vuelven á encender.

5. Si la procesion no sale de la Iglesia el responso *Obtulerunt...* no debe empezar á cantarse hasta no haber estado de vuelta en el coro ó en el presbiterio. Conviene siempre, y así está prevenido por la Sagrada Congregacion de Ritos, que el mismo que hace la bendicion de candelas diga la misa, mas si esto no fuese posible, el que hubiere de decirla puede prepararse para ella y revestirse en la sacristía durante la procesion; en este caso despues de esta, el que hizo la bendicion, se retirará á la misma sacristía con los ministros. Si esta estuviese distante del altar, y la misa que hubiere de celebrarse fuese con ornamentos morados, no es necesario que el oficiante y los ministros vuelvan á ella despues de la procesion para tomar los ornamentos, los cuales deberán en este caso estar preparados en la credencia ó sobre los asientos. Cuando esto sucede, el subdiácono acompañado de los acólitos al terminar la procesion, sube sin detenerse hasta la credencia, y deja allí la cruz y aquellos los ciriales en el sitio acostumbrado, y el turiferario, hecha genuflexion, marcha á renovar el fuego del incensario para la misa. Al llegar el celebrante junto á las gradas del altar, el subdiácono se pone á su izquierda pasa el diácono á la derecha, y haciendo los tres la debida reverencia suben al

lado de la epístola junto á la credencia, deja allí el preste la capa pluvial y toma el manipulo y casulla, y los ministros sus manipulos, y vuelven en fila, ó uno tras de otro, con la cabeza descubierta y juntas las manos á empezar la misa: entretanto el maestro de ceremonias ó el sacristan hace que un acólito retire á la sacristía la capa pluvial y la cruz de la procesion.

(Se continuará.)

(Continúa la carta de Fernando Poo que empezamos á insertar en el núm. 191.)

El sábado muy temprano ancló en este puerto el bergantin de guerra francés *Victor*: en él venia un misionero francés: pasé, apenas lo supe, á bordo con el objeto de ofrecerle nuestros pobres servicios, que se dignó aceptar, y con las buenas noticias que me dió de su comandante, volví á bordo aquella tarde para convidarle á que asistiese, juntamente con nuestro gobernador, á la procesion del dia siguiente. Ofreció asistir con toda la oficialidad, enviando ademas competente número de jóvenes para que sirvieran de acólitos y monaguillos, y tambien como unos cincuenta individuos de la tripulacion, todas uniformados. Vea V. si fué buen socorro este. Como muestra de agradecimiento, ofrecí al comandante que apenas volviese la procesion de las verjas, me encaminaria con el Santísimo á la orilla del mar, y daria mi bendicion al bergantin y resto de la tripulacion que en él hubiese. El sábado por la tarde se repicaron en grande las tres campanillas que cuelgan de nuestro campanario; á la mañana siguiente el cielo nos manifestó un azulado limpio, que era una garantía de que suspenderia por algunas horas los raudales de agua que diariamente arroja sobre nuestras cabezas: así fué en efecto, no llovió en todo el dia 8, cosa que no tenia ejemplar desde que por el mes de abril habia comenzado la temporada de lluvias. Las once de la

mañana era la hora convenida con el señor gobernador para verificar la procesion; y si llovía á dicha hora la hubiéramos diferido para las cuatro, cinco ó seis de la tarde. A las diez cantamos solemne misa mayor, y concluida ya teníamos á la puerta los de la tripulacion, y luego se presentó nuestro gobernador con el señor comandante y oficialidad del bergantin, y la procesion se formó segun las órdenes que de antemano tenía yo dadas á nuestro maestro de ceremonias el catequista D. Plácido Soscon. Nosotros habíamos colgado toda la barandilla y escalera de nuestra casa con telas azuladas ondeadas de blanco; lo que daba á la fachada de nuestra casa é iglesia una bonita apariencia, que agradó á nuestros huéspedes.

La procesion llevaba este orden. Precedía la cruz, llevada por un catequista con alba, y acompañada de los ciriales que llevaban á sus lados dos jóvenes de la tripulacion con sotanas encarnadas y roquetes; seguía el estandarte de la Santísima Virgen, el mismo que enarbolamos cuando nuestro embarque en Valencia, llevado por un niño de la tripulacion, á quien acompañaban otros cuatro, cada uno con una cinta de las que colgaban del estandarte; estos cinco iban vestidos con túnicas blancas, de las que me servían en Chamberí para la primera comunión de los niños. Seguían en dos filas los cincuenta soldados, todos con sus velas encendidas; tras estos venían los artistas de la mision con sus túnicas azules y velas en la mano; despues los catequistas con sotana y sobrepelliz, los dos turiferarios y despues yo con el Santísimo, y á mi lado los diáconos, todos debajo del pábulo, cuyas varas llevaban cuatro militares. Cerraba la procesion el gobernador y comandante, acompañados de sus oficiales.

Frente de la verja de nuestra casa é iglesia, y á distancia como de diez varas, está el mar, y allí me dirigí inmediatamente para bendecir al bergantin y su jente. Este contestó con 24 cañonazos, que dieron al acto ruido y majestad. El uno sirvió para atraer á todos

los negros de Santa Isabel, que al oír un cañoneo nunca visto dejaron sus casas, corrieron hácia el mar y se hallaron con nuestra procesion, y la otra para conciliar al culto católico respeto y veneracion. Yo iba con el Santísimo como fuera de mí; el aparato militar de que sin saber cómo, y cuando de ningun modo podia prometérmelo, veía rodeado á la Divina Majestad que llevaba en mis manos en medio de un pueblo infiel, parece que me autorizaba para decir con cierta arrogancia á quantos presenciaban la procesion: *Dominus mecum est quasi bellator fortis; idcirco qui persequuntur me cadent et infirmi erunt.* La procesion duró una hora, recorrió las calles principales, y de vuelta á la iglesia terminó esta solemnidad, dando al pueblo la bendicion con el Santísimo y reservando en el nuevo sagrario por la primera vez á su Divina Majestad.

Por la tarde tuvimos visperas con manifesto, y así fué éste uno de los dias mas gratos y mas llenos que podremos tener en esta mision. Faltábanos todavía una ermita en donde venerar alguna imágen de la Santísima Virgen, y para suplir este vacío y no vernos privados de este medio de fomentar la piedad y de dar culto á nuestra Madre, elegimos un viejo y corpulento árbol, que aislado á la punta de un cabo de tierra que se introduce mas de cien varas en el mar, parece que tiene el encargo de estar de vigilante é informarse de las embarcaciones que se aproximan á esta parte de la isla. Este árbol tendrá sus ciento veinte piés de alto, segun á la vista aparece; su tronco, á la altura en que hemos podido medirle, tiene de grueso veinte varas y una cuarta, y se divisa muy bien de cuatro leguas mar adentro, y presenta en su parte que mira al mar una grande hendidura, cuyo huecó me pareció muy á propósito para que nos sirva de ermita provisional. Al efecto, los carpinteros abrieron dentro de esta abertura en su pared de enfrente una caja en que pudiese ajustarse bien un cuadro de la Santísima Virgen, cuya medida se les dió de antemano. La imágen es de

la Concepcion, y á su pié pusimos la siguiente inscripcion: «Los misioneros de Fernando Póo dedican á la Santísima Virgen este pequenísimo recinto, basta que puedan hacerle un templo á medida de su devocion, en el dia de la fiesta de la Virgen del Cármen y del triunfo de la Santa Cruz, del año de 1856;» y á continuacion nuestras firmas, que entendimos todos sobre el altar del Cármen.

(Se concluirá.)

ANUNCIOS.

Por imposibilidad del Capellan, se necesita un Sr. Sacerdote, con sus correspondientes licencias de celebrar y confesar, que se encargue de cumplir las cargas de la capellanía que en esta parroquia fundó Francisco Estéban; percibiendo por este concepto todas sus rentas, que ascenderán cumplidas las cargas á 5 rs. diarios, con mas 500 rs. que de su bolsillo abonará anualmente el infrascrito Cura Ecónomo por si le hace algun pequeño servicio, pudiendo ademas contar con misa diaria de 5 y 6 reales. Este pueblo, que es esencialmente sano, dista cinco leguas de la corte, á cuya provincia pertenece, dos de Colmenar viejo, y una de la carretera de Segovia. El que lo solicite puede dirigirse á su Cura Ecónomo, y recibirá la noticia que desee. Hoyo de Manzanares 23 de Setiembre de 1856.—Mariano Cubillo.

Se halla vacante la plaza de Teniente de Cura de la parroquia de San Blas de Villarrobledo, arzobispado de Toledo, y provincia de Ciudad-Real: el Sacerdote á quien convenga servirla se dirigirá al Cura propio de la misma D. José Sanchez. Ademas de la consignacion señalada por el Gobierno, y lo que le corresponda por las asistencias de entierros; le cederá el Párroco voluntariamente parte de los derechos de estola y pié de altar, pudiendo contar con celebracion segura; y si fuese predicador, reunirá en todo una renta mas que regular.

JUICIO FINAL DE VOLTAIRE,

con su historia civil y literaria y el resultado de su filosofía en la funesta revolucion de Europa. POR EL VIAGERO DE LEMNOS (el R. P. Fr. Fernando Ceballos), segun la oyó y copió de los filósofos infernales en los abismos de Antiparos.

Esta obra del autor de *La Falsa Filosofía es crimen de Estado*, es una de las mas importantes que dejó inéditas este ilustre monge. El solo anuncio de su publicacion ha bastado para que la empresa de *L'Univers*, uno de los periódicos mas católicos y notables de Francia, nos pida autorizacion para publicar una traduccion francesa.

Constará de 2 tomos que se publicarán por entregas de 17 pliegos, con buen papel é impresion correcta y esmerada, el 19 de cada mes.

Precios de suscripcion.—Cada entrega con cubierta de color 4 rs. en Sevilla; y 4 y medio fuera, haciendo la suscripcion por libranza franca sobre correos á favor de D. Leon Carbonero y Sol, calle Zaragoza, n.º 3, Sevilla, y 6 haciendo la suscripcion en casa de los comisionados.

Concluida la impresion de cada tomo se espenderá con el aumento de una tercera parte del precio de suscripcion.

Se suscribe en Sevilla únicamente en la imprenta y librería de D. Antonio Izquierdo, calle Francos núms. 44 y 45.

En provincias la suscripcion se hace ó en carta á D. Leon Carbonero y Sol, calle Zaragoza, n.º 3, Sevilla, ó en las principales librerías.

Rogamos á los Sres. Suscritores á *La Cruz* reciban esta obra en lugar de la Revista Religiosa, en tanto que dure la suspension que hoy sufre.

MADRID.

IMPRENTA DE HIGINIO RENESES,

calle de Valverde, 21.